95.
Núm. ~~184~~.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LOS CRIADOS EMBROLLISTAS.

PARA OCHO PERSONAS.



VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,
AÑO 1817.

PERSONAS.

Doña Isabel, viuda jóven.
Ines, su criada.
D. Juan, oficial jóven.
Carrasco, soldado.
D. Celestino, caballero extremeño.
Pasqual, Perico y Antonio, jardineros.

Jardin: Perico y Anton estarán plantando flores con sus almocafres. Pasqual estará sentado en medio, á su lado un cesto con flores, y él haciendo un ramillete, cantando lo que se pondrá abaxo, respondiendo al estribillo Perico y Anton.

Cant. Pasq. » EL hombre es un burro
» quando se enamora,
» que es la muger bestia
» que nunca se doma.
Los 3. » Toma, y mas toma:
» anda morena,
» que son peste, y el hombre
» muere por ellas.
Sale Ines. A Dios, Pasqual.
Pasq. Él te guarde.
Ines. Hombre, ¿por qué estás tan serio
conmigo?
Pasq. ¿Lo ignoras? *Ines* Sí.
Pasq. Pues yo no, y harto lo siento,
que por ti, todo mi daño
en la cabeza le tengo.
Ines. ¿Desde quando? *Pasq.* Desde que
vino á casa el forastero,
siendo su criado el diablo,
pues te tienta.
Ines. Hombre, ¿y es eso
por Carrasco?
Pasq. Sí: Carrasco
á mí me ha hecho carrasqueño.
Ines. Déxate de tonterías:
¿no te he dicho que te quiero?
Pasq. Las mugeres eso mismo
les soleis decir á ciento.
Ines. No soy yo de esas, que soy
mucha muger. *Pasq.* Yo lo creo.
Ines. ¡Adónde estará Carrasco! *ap.*
yo voy á ver si le encuentro.
Entre tanto que concluyes
los ramilletes, pretendo
buscar yo unas flores. *Pasq.* Mira,
no busques la flor del berro,
que en ella suelen estar
los lagartos encubiertos.
Ines. Yo no temo los lagartos.
Pasq. Sí, pues arrímate á ellos,
que tú llorarás el daño
quando no tenga remedio.
Sale Carr. A Dios, Pasqual.
Pasq. ¡Qué calmazo
hace tan grande y tremendo!
Carr. ¿Y cómo va? *Pasq.* Como va,
pero no como yo quiero.
Alzando la voz, y mirando á Ines.
Carr. Pues como yo quiero sí,
que viento en popa navego,
Pasqual.
Pasq. Si estuviera en *ap.*
mi mano el repartimiento
de tabardillos pintados,
¡qué garrafal, y qué bueno
que le tendria el Carrasco
antes de pasarse un credo!
Carr. Dios guarde á usted, señorita.

Ines. Y á usted tambien, caballero.
Pasq. Para averiguar sus maulas *ap.*
voy á armársela con queso:
va de disimulo: chicos,
el trabajo ya dexemos,
y vámonos á comer.
Carr. Eso es justo.
Pasq. Ya te entiendo.
Ines. ¡Oxalá se vaya! *ap.*
Pasq. Y todos
vamos alegres diciendo:
Cant. »El hombre que fia
»en muger, lo yerra,
»pues tarde ó temprano
»al fin se la pega.
Los 3. »Toma, y mas toma:
»anda morena,
»mal fuego, amen, consuma
»todas las hembras.

Pasqual, habiendo recogido el cesto, se va, y con él Anton, Perico y Lucía, quedando solos Ines y Carrasco.

Ines. Gracias á Dios que se han ido.
Carr. Yo lo deseaba, puesto
que vengo á decirte, Ines,
que mi oficial ha hecho empeño
en que marchemos mañana:
soy soldado, estoy sujeto
á la obediencia, con que
sin duda alguna te pierdo.
¡Oh! ¡para quándo se guardan
los relámpagos y truenos!
Ines. ¿Y tendrás un corazon
tan vil, tan duro y tan perro
que te vayas, y me dexes
con tal sorna, y sin efecto
quede, porque tú te marches,
nuestra boda? buena quedo.
Carr. Pues pocas hay que tratando
con nosotros digan eso.
Ines. Busquemos algun arbitrio.
Carr. Ines, yo tengo un proyecto,
que si me ayudas en él,
y nos sale bien, es cierto
que nos hemos de casar,
y nos han de dar dinero
encima.
Ines. Dile.
Carr. Ya sabes
que le dió el mal pensamiento
á tu amo de morirse
en la flor de su edad, puesto
que ochenta años no cumplidos
tenia: por su heredero
nombró á mi oficial, pues era
su sobrino: vino luego
á tomar la posesion
de la herencia: que armó pleyto
la viuda, sobre si el dote,
si el quinto, y otros enredos,
que en las testamentarías
ordinariamente vemos.
Ines. Vamos al caso.
Carr. Tu ama
y el oficial, con despego
se miran tal, que tan solo
el primer dia se hicieron:::
(y eso es á regañadientes)
los precisos cumplimientos.
Y aunque en una casa viven,
D. Juan en el entresuelo,
y en el principal tu ama,
no se oyen, ni ven, que entiendo
que los dos se han declarado
la guerra á sangre y á fuego.
Ines. Todo eso ya lo sé yo.
Carr. Pues aburrido en extremo
mi oficial, procurador
ha nombrado, y ha dispuesto
marchar mañana: aquí entra
el proyectado embeleco.

Por detrás de un árbol al lado izquierdo se asoma Pasqual.

Pasq. Dexé los mozos::: ¡ay, ay!
que la mila y el mochuelo
están juntos! veré aquí
si ella me hace gatuperio.
Carr. Yo me atrevo á mi oficial
hacerle creer al momento
que tu ama está enamorada
de él: conozco su genio,
y al instante que lo oiga
se pondrá el tonto tan hueco,
porque le ha pillado el diablo
por lo buen mozo, y en viendo
que alguna muger le mira,
forma al instante el concepto
de que se muere por él;
pero eso tiene de bueno,
que al punto la habla rendido,
muy amoroso y muy tierno.
Si al mismo tiempo á tu ama
la embaducas tú, fingiendo
que mi oficial está de ella
tan enamorado y ciego
que no ve en el medio dia,
aunque mire al sol de lleno,
lo hemos conseguido todo,
porque al fin y al cabo ellos,
engañados de nosotros,
tratarán su casamiento,
y por medio de esta astucia
á los dos establecemos
en paz, se unen de los dos
los intereses, y vemos
se transforman en caricias
los que hasta aquí fueron pleytos.
Pasq. ¡Qué infamia tan grande!
Ines. Es
el mas útil pensamiento
que he visto, si á un oficial
engañas.
Carr. Yo te lo ofrezco,
porque en diciendo le quieren,
le encaxará mil requiebros
á un banco de un herrador.
Ines. Pues mi ama no tiene un genio
tan dócil; pero no importa,
que en manos está el pandero:::
ecetera, no podrá
resistir á mis esfuerzos,
que la mayor embrollista
soy de todo el universo,
y embustera.
Carr. Eso perdona,
que á embrollista y á embustero
no me gana nadie.
Ines. Yo
te gano, que apostar puedo
que á mí no hay quien me compita.
Carr. Yo no tengo compañero. *alter.*
Ines. Sobre que yo te aventajo.
Carr. Sobre que yo á ti te excedo.
Pasq. ¡Ah mundo! ¡que ya en el dia
se hace gala el ser perversos!
Carr. No te subas á las barbas;
y si no mudas de genio,
será un infierno continuo
quando nos casemos.
Pasq. ¡Fuego!
y á mí me coman los lobos.
¡Ah mala hembra! *Ines.* Veremos
quien se lleva el gato al agua.
Carr. Veremos el que da perro
mas grande, y pronto.
Pasq. Ninguno,
que pues yo lo he estado oyendo,
descubriendo este pastel,
vengarme de ambos prometo.
Carr. El oficial viene. *Ines.* Pues
yo me voy. *Carr.* Y yo me quedo.
Pasq. Y yo me escapo á buscar
al caballero extremeño. *vase.*
Carr. Animo, Ines.
Ines. Hombre, brio.
Carr. Y esforzados::-
Ines. Y resuelto::-

Carr. Demos principio al engaño.
Ines. El embrollo comencemos. *vase.*
Carr. Ya llega: va de tramoya.
Sale D. Juan de oficial, y Carrasco anda por el tablado sin hacer caso de él, y D. Juan le va siguiendo, hasta que á su tiempo le agarra del brazo, que entonces Carrasco se detiene fingiendo que vuelve de su distraccion.
¡Apenas puedo creerlo!
¡quién lo diria!
Juan. ¿Carrasco?
Carr. ¡Oh! ¡qué bien dice el proverbio,
que nadie puede decir,
mientras viva en este suelo,
de esta agua no beberé!
Juan. Oye. *Carr.* No tiene remedio:
morirá, que mi oficial
no se inclinó en ningun tiempo
á las viudas. *Le agarra del brazo.*
Juan. Hombre, escucha.
Carr. ¿Qué es aquesto?
mi teniente, ¿aquí está usted?
Juan. Aquí estoy, y estoy oyendo
que hablas dos mil desatinos.
¿Qué te estaba Ines diciendo,
que ahora se fue?
Carr. Me decia
que era usted un tigre, un perro,
un traidor, un asesino,
un insolente, un perverso,
sin crianza, sin caridad,
sin discurso, sin talento,
y que, en fin, era usted un macho.
Juan. Pues ¡cómo tan sin respeto
me hablas, pícaro! *Carr.* Yo no:
es Ines quien todo eso
lo dice: usted mandó
lo dixera, y obedezco,
señor, como buen soldado
de mi oficial el precepto.
Juan. Pero ¿por qué esa criada
tal decia?
Carr. El sentimiento
que tiene en ver á su ama
reducida á tal extremo,
la obliga.
Juan. Pues á su ama,
¿qué le sucede?
Carr. ¡Eso es bueno!
está loca.
Juan. Hombre, ¿qué dices?
Carr. Loca; y usted el fomento
es de su locura. *Juan.* ¿Yo?
Carr. Si señor.
Juan. Hombre, ese es cuento:
si sola una vez la he visto
desde que vine. *Carr.* Por eso
propio la pobre señora
irá pronto al cementerio
á hacer bodoques, porque
Ines me ha dicho en secreto,
que su ama al punto que os vió
se le trastornó allá dentro
la máquina racional,
y organizacion del cuerpo:::
en fin, que se enamoró
hasta las cachas. *Juan.* Recelo
que eso puede ser verdad,
porque si ahora hago recuerdo,
me parece me miraban
sus ojos con mucho afecto
aquel dia. *Carr.* Si señor.
Ya se lo cree el camueso. *ap.*
Y viendo Doña Isabel
que ha sido usted tan mostrenco,
quiero decir, despegado,
que á verla otra vez no ha vuelto,
se queja, suspira, y dice
derramando un rio entero
de lágrimas por los ojos:
¿tan poco atractivo tengo,
que siendo, aunque viuda, jóven,

de espíritu y de talento,
rica, y en disposicion
de dar sucesion, no puedo
conquistar de este oficial
el endurecido ceño?
¡Infeliz de mí! aquí suelta
el chorro con mas extremo,
que da compasion, señor,
á quantos la están oyendo,
y yo solo de contarlo
os juro que me enternezco. *llora.*

Juan. Hombre, de suerte::-

Carr. Decid.

Juan. Ya tú sabes que yo tengo
estrella con las mugeres.

Carr. ¡Toma si lo sé! y por eso,
la verdad, para gran Turco
vale usted un mundo entero.

Juan. Y encuentro en Doña Isabel
bastante merecimiento;
y::-

Carr. Reviente usted del todo.

Juan. Pudiera::: pero no creo
me quiera, quando jamás
me lo ha dado á entender.

Carr. Bueno!
¿que quiere usted que la moza
le ruegue? vaya, que eso
ya es mucho pedir: las cosas,
mi teniente, claro hablemos,
han de ir puestas en razon:
debe usted ser el primero
que la avance.

Juan. Dices bien,
y á hacerlo así me resuelvo.

Carr. Esto va bien: mire usted,
quando ayer parte le dieron
de que se iba usted mañana,
estaba un papel leyendo
en pie, y le dió un accidente
tan terrible y tan tremendo,
que desplomada cayó,
dando con el hemisferio
sobre la faz de la tierra
un golpe tan violento,
que quebrantó sus ladrillos.

Juan. ¿De veras?

Carr. Yo nunca miento,
porque no he sido aprendiz
de sastre ni zapatero.

Juan. Pues una vez que me ama,
Carrasco, con tanto extremo,
debo pagar su cariño.

Carr. Eso hacen los caballeros
(aunque no todos), y pues
tarde ó temprano es muy cierto
que es fuerza que usted se case:::
me parece::-

Juan. Ya te entiendo,
y á emprenderlo voy.

Carr. ¡Albricias! *ap.*

Juan. Me voy, y volveré luego
para encontrarme con ella;
y como acaso entablemos
la conversacion::: á Dios,
Carrasco. *vase.*

Carr. ¡Viva mi ingenio!
lo pagado que él está
de sí propio el majadero: *riéndose.*
le he hecho creer el embrollo.
Si otro tanto en el enredo
Ines hace con su ama,
la victoria me prometo.
Mas ¿que veo? aquí se acerca
el caballero extremeño
que con la viuda pretende
casarse: ya me prevengo
para aturdirle con nueva
estratagema.

Sale D. Celestino, caballero extremeño, algo ridículo, y Carrasco se retira á la izquierda.

Cel. Confieso
que aquesta viuda me ha dado

sesos de mosquito, puesto
que veo que ella retarda
nuestra boda, yo la quiero
cada vez mas.
Carr. ¡Ay señor!
váyase usted al momento
donde la tierra le trague.
Cel. Demonio, ¿qué estás diciendo?
Carr. Quiero evitar su desgracia.
Cel. Pues buen modo es para ello,
querer que me entierre vivo.
Carr. Mi teniente (es muy mal hecho)
se casa.
Cel Sea en buen hora;
pero extraño, si eso es cierto,
que no me haya convidado
siquiera para el refresco.
Carr. Ya va á convidar á usted
con una escopeta.
Cel. ¡Cuerno!
¡qué convite tan extraño!
hijo, yo se lo agradezco;
y así dile de mi parte
que no gaste cumplimientos
conmigo.
Carr. Hablemos clarito:
mi teniente (¡es un perverso!)
con Doña Isabel tratado
tiene ya su casamiento,
y á usted le dan calabazas.
Cel. ¿Qué dices?
Carr. Que él está ciego
por ella, y ella por él.
Cel. Por vida de::-
Carr. Cepos quedos,
que no es tiempo de jurar,
quando ya tan cerca os veo
de morir. *Cel.* ¿Cómo morir?
Carr. Porque quando tiene zelos
de algun hombre mi teniente,
con muchísimo sosiego
le busca, y le mata: á tres
ya la tapa de los sesos
ha echado á volar. *Cel.* ¡Canario!
Carr. Dixo ayer que sin remedio
llevaria usted esta noche::-
Cel. ¿Qué llevaria? acabemos.
Carr. Cartas de requisitoria
al otro mundo. *Cel.* ¡San Pedro
me válga! ¡torna si purga!
Carr. Y como hace manifiesto
luego al punto el testimonio
de que ha estado mucho tiempo
loco, siempre quedó libre.
Cel. Y el muerto se queda muerto.
Carr. Si señor.
Cel. ¡Pobre de mí!
pues yo al instante le cedo *azorado.*
la viuda, y quantas mugeres
hay en todo el universo,
porque vale mas que todas
un caballero extremeño.
Carr. Como que cebado está
con chorizos. *Cel.* Y no quiero,
ni he querido, ni querré
ahora, ni en ningun tiempo,
que á mí por una muger
me taladren el pellejo. *vase corrien.*
Carr. ¡Qué contento que va el hombre!
si no tengo contraresto
en lo embrollista: á Ines es fuerza
darle parte de lo hecho.
Ampara, afable fortuna,
á un hombre de tal talento. *vase.*

Por la izquierda salen Doña Isabel é Ines.

Isab. Digo que no creo nada
de quanto me estás diciendo.
Ines. Pues ¿qué mentiria yo
en un asunto tan serio?
digo que de enamorado
está el pobre señor hecho
una breva: ayer estaba
ya los cofres disponiendo

para marcharse mañana;
y quiso el diablo cojuelo
que encontrase allí un puñal,
y tomándole resuelto,
como el que toma una purga,
derramando al mismo tiempo
lágrimas como almendrucos,
dixo en tono macilento,
los ojos desencaxados,
y con formidable aspecto:
Isabel cruel, por ti
voy á que sea mi cuerpo
fonda franca de gusanos;
y desabrochando el pecho,
levantó el brazo::-
Isab. ¿Y se dió? *con arrebato.*
Ines. Si no llega al mismo tiempo
su criado, y le detiene,
creo se hace un agujero
en medio del corazon
tan grande como un sombrero
de moda.
Isab. Muger::-
Ines. No hay duda.
Isab. Pero ¿cómo en tanto tiempo
no me ha dado su cariño
á entender?
Ines. Eso va en genios:
unos pecan de atrevidos,
y otros pecan de modestos:
y es un juego tan maldito
el amor, que perder vemos,
á unos por carta de mas,
y á otros por carta de menos.
Isab. Mas ¿por qué no se declara?
Ines. Si viera usted que discreto
se explica en este papel *le saca.*
que os escribe::: cómo miento, *ap.*
que yo le he escrito en mi quarto
no ha un instante.
Pues ¿qué se pierde en leerlo,
quando en él su amor os dice
con la máscara del pleyto?
Isab. Ines, tú eres una loca.
Ines. Muchas compañeras tengo.
Vaya, lea usted el papel,
y en leyéndole hablaremos:
lea usted por Dios.
Isab. Veamos.
Ines. Lindamente lo he dispuesto. *ap.*
Lee Isab. »Mi marcha será mañana,
»señora, que pues no puedo
»vencer las dificultades::-
Ines. ¿Entendeis ese concepto?
Isab. Yo no.
Ines. Pues bien claro está:
como el pobre está creyendo
que amais á D. Celestino,
y ve con el poco aprecio
que le habeis tratado, teme
que á dos contrarios tan fieros
no ha de poderlos vencer,
y por eso dice: no puedo
vencer las dificultades.
Isab. Ines::-
Ines. Siga usted leyendo.
Lee Isab. »Y no extrañeis el que os diga,
»señora, que no me atrevo
»ponerme en vuestra presencia.
¿Y qué quiere decir esto?
Ines. ¡Ah! ¡qué frase tan sutil
y rendida! como ardiendo
tiene el corazon lo mismo
que la fragua de un herrero,
os da á entender grandemente
lo que dice aquel proverbio,
que el fuego junto á la estopa,
llega el diablo y sopla: esto
es mucho decir: señora,
un oficial, confesemos
que es mucho mueble: seguid,
y en lo que para veremos.
Lee Isab. »Y si en ello consintierais,
»quizá pudiera este pleyto

»terminarse dulcemente.
Ines. No sigais, que ya echó el resto
á quanto puede decir.
¡Ah! ¡qué tuno! ¡es mucho cuento!
terminarse dulcemente:
de oirlo solo me elevo.
Isab. Pues ¿qué dice en esto?
Ines. Ya,
señora, estoy conociendo
no hay peor sordo que aquel
que no quiere oir: un ciego
veria que en esto dice
que pudiera el himeneo
unir vuestras voluntades;
por eso dice tan tierno
como un algodon de Francia,
que pudiera aqueste pleyto
terminarse dulcemente.
¿No lo entendeis?
Isab. Sí, lo entiendo; *mirando al papel.*
y para salir de dudas,
yo he de hablarle.
Ines. ¡Malo es esto! *ap.*
Isab. Y si él á casarse aspira,
que me alegraré confieso.
pues justo es que pague yo
un amor tan verdadero:
pero él y el criado aquí
se acercan.
Ines. Ya dió en el suelo *ap.*
toda la tramoya.

Salen D. Juan y Carrasco por la derecha.

Juan. Aquí
por mi fortuna la encuentro.
Carr. Ahora el pastel se descubre: *ap.*
con mil palos me contento.
Ines. Es fuerza para alentarle *ap. á Isab.*
mostreis semblante risueño.
Carr. Es preciso que usted sea *á D. Ju.*
el que llegue á hablar primero.
Ines. Háblele usted cariñosa *á Isab.*
para que pierda el recelo.
¡Temblando de miedo estoy!
Carr. Habladla con rendimiento. *á D. J.*
Yo no sé si eche á correr.
Juan. Pues á un acaso le debo
la dicha::-
Ines. La dicha. *á Isab.*
Isab. Ya.
Yo sola soy la que al veros
la celebro.
Carr. La celebra. *á D. Juan.*
Juan. Sí, Carrasco.

Sale por la izquierda D. Celestino azorado.

Cel. Caballeros,
no vengo á estorbar, que en breve,
digo, despacho, y me vuelvo.
Car. ¡Que ahora este demonio venga! *ap.*
de mi fortuna reniego.
Cel. Señor teniente, aunque yo
pretendia en casamiento
á esta señorita, ya
en toda forma os la cedo
plenamente, y como mas
haya lugar en derecho.
Por mí ya queda usted absuelta: *á Isa.*
yo no os quiero hacer mal tercio.
Dios os haga bien casados,
y á mí me libre de serlo,
que es el modo de vivir
sin estorbos ni tropiezos:
mandar, señores.
Juan. Pues cómo
tan osado y tan grosero::-
Carr. Ya se alborota: huya usted.

Aparte á Celestino.

Cel. Eso es lo mejor, pues veo
que os da la locura: amigo,
Carrasco deteniendo á D. Juan.
detenle, mientras que huyendo
de su ira, en el corazon
de Extremadura me encierro.

Vase corriendo.

Juan. Yo os haré::-
Carr. Dexadle. *Isab.* Ines,
¿qué es esto? *Ines.* Saber de cierto
que el teniente os ama tanto
que pierde el entendimiento
por vos, por eso de loco
le ha tratado. *Juan.* Yo no entiendo
lo que es esto. *Carr.* Que ha sabido
que la viuda con extremo
le quiere á usted; y así teme
casarse, por el recelo
de que pudieran sus gracias
coronarle de trofeos.
Juan. Eso es sin duda: señora::-
Isab. ¿Qué dices?
Juan. Que solo espero
de vos mi felicidad.
Isab. Si en mi mano está, os la ofrezco.
Juan Mas bonita me parece *ap. á Car.*
ahora, Carrasco.
Carr. ¡Bien, bueno!
Juan. Del accidente que ayer
tuvisteis, saber espero::-
Carr. Tiró el diablo de la manta. *ap.turb.*
Juan. ¿Cómo estais?
Isab. ¿Qué estais diciendo?
¿yo accidente? *Carr.* Si señora.
Juan. El que ayer os dió leyendo
cierto papel. *Isab.* No me ha dado
tal accidente. *Juan.* Embustero,

Aparte á Carrasco.

¿con que tú me has engañado?
Carr. A la verdad, no me acuerdo,
porque yo suelo tener
alguna vez el defecto
de ponderar algo mas
las cosas. *Juan.* ¡Viven los cielos!::-
Carr. Fue solamente un vapor.
Isab. Que me expliqueis claro os ruego
el sentido del billete
que me enviasteis,
Juan. Protesto,
que no os he enviado tal.
Isab. ¿Qué es esto, Ines?
Ines. No lo entiendo:
negaré que yo le he escrito. *ap.*
Isab. Responde, Ines.
Carr. ¡En qué aprieto *ap.*
se ve la pobre!
Ines. Carrasco
me le entregó á mí, diciendo
que el teniente os le enviaba:
que responda él.
Juan. ¡Ah perverso,
pícaro, infame! *agarrándole.*
Carr. Señor:::
demonio de los infiernos,

Aparte, mirando á Ines.

ya veo yo que en mentir
me aventajas, y que es esto
al maestro cuchillada.
Isab. Con que segun se está viendo::-
Juan. Con que yo debo inferir::-
Isab. Que tú::- *Juan.* Que tú::-

Dentro D. Celestino.

Cel. El embeleco
descubramos: ven conmigo.

Salen Pasqual y D. Celestino riendo.

Juan. ¿Dónde vais?
Carr. Aquí el enredo *ap.*
tuvo fin: noble auditorio,
perdonadle los defectos.
Isab. ¿Qué quereis?
Cel. Dexad que acabe
de reirme de ambos, y luego
os lo contaré. *Isab.* ¿De mí?
Juan. ¿Y de mí?
Cel. Ni mas ni menos; *á Isab.*
pues usted está pensando
que el señor le está queriendo;
y tambien que la viudita *á D. Juan.*
le quiere á usted, está creyendo,
y todo es mentira.

Isab. y Juan. ¿Cómo?
Cel. Chito, que no soy talego,
que me vacio de una vez.
Todo ha sido fingimiento
de ese pícaro soldado
y esa doncella: si miento,
ó no miento, en mi favor
este testigo presento. *por Pasqual.*
Ines. ¡Ah pícaro!
Carr. ¡Ah vil Pasqual,
y qué tunda por ti espero!
Juan. Habla pues.
Pasq. Por fin y postre,
como digo de mi cuento,
escondido allí escuché
entre los dos el concierto
de haceros creer que mi ama
queria á usted con extremo,
y á mi ama de que usted
andaba por ella muerto;
pues de esta suerte, decian,
engañados y contentos,
entrambos se casarán,
y se acabarán los pleytos.
Cel. ¿Qué tal, señores? amigo,
ya veis que este es otro cuento,
y pues la viuda no os quiere,
me retrato, y no la cedo.
Juan. ¿Con que vos no me quereis?
Isab. ¿Vos no me teneis afecto?
Carr. ¿Quién ha dicho tal?
Juan. Bribon:- *amenazándole.*
Carr. Mi teniente, con sosiego
todo se compone: usted, *á Isab.*
si el teniente fuera cierto
que á usted la queria, ¿no
se hallaba en el pensamiento
de casarse con él? *Isab.* Sí.
Ines. Pues ya está todo compuesto.
Si mi ama á usted le quisiera,
¿no se hallaba usted dispuesto *á D. Ju.*
á ser su esposo? *Juan.* Sin duda.
Ines. Pues resuélvase usted presto
á quererla muy de veras,
pues solo consiste en eso
que os corresponda mi ama.
Carr. Dice muy bien, y mas viendo
A D. Juan.
que es jóven, bien parecida
y agraciada. *Ines.* Al mismo tiempo
que usted ve que es muy galan,
muy marcial, y bien dispuesto,
pues si ustedes dos se casan
los pleytos se fenecieron.
Carr. Y usted estando casado
se evitará de tropiezos.
Carr. é Ines. Esta fue nuestra intencion.
De rodillas.
Juan. Y yo celebrarla debo,
pues creyendo que Isabel
me queria, mas atento,
reparé que tiene prendas
para quererla, y la quiero
firmemente.
Isab. ¿Qué decis?
Juan. Que perdonarles debemos
vos y yo á Ines y Carrasco
lo que han trazado, supuesto
que aunque el medio fue un engaño,
produce buenos efectos,
pues por él os quiero, y ya
ser vuestro esposo apetezco.
Cel. Arre allá: ¿pues que os parece
que soy algun estafermo?
la viuda no os quiere á vos,
ni á vos tampoco yo os temo,
pues no sois loco de veras,
y así por primero debo
ser preferido: mi mano
es esta.
Isab. Yo no la acepto,
que quiero la de D. Juan.
Juan. Yo con el alma os la ofrezco.
Cel. ¡Que este desayre se haga

á un caballero extremeño!
Ines. Viva mi ama.
Carr. Y mi teniente:
y por seguir vuestro exemplo,
Ines, dame tú la mano.
Ines. Tómala, Carrasco.
Pasq. ¡Ah perros,
que por fin me la pegasteis!
Cel. Me voy::-
Ines. Estése usted quieto,
que falta mas. *Cel.* ¿Qué?
Ines. Muchachas, *llamando adentro.*
muchachos, acá corriendo,
porque la boda del ama
es fuerza que celebremos.
Isab. ¿Qué haces?
Cel. Por vida::-
Carr. Soniche,
y aguantar, pues no hay remedio.
Salen Perico, Anton y 2 ó 3 mugeres.
Todos. Aquí estamos todos ya.
Ines. Pues digamos muy contentos:
Canta. »Al cielo pidamos
»que los dos esposos
»vivan largos años
»siempre venturosos:
»y esta union felice
»todos celebremos
»con el fino afecto
»que hacerlo debemos;
»aplaudiendo todos
»tan dichoso dia
»con placer y fiesta,
»gusto y alegria.
Repitan todos.
»Aplaudiendo todos
»tan dichoso dia
»con placer y fiesta,
»gusto y alegria.
En tanto que todos repiten los dos últmos versos, Ines hace una alemanda con D. Celestino, y Carrasco con Pasqual, y en medio D. Juan con Doña Isabel.
Canta Carr. »De D. Celestino
»y Pasqual las trazas
»ya premiadas quedan
»con las calabazas.
»Todo sea bulla,
»fiesta y alegria,
»en tanto que entrambos
»rabian á porfia.
»Y porque en la idea
»mas no molestemos,
»pidiendo el indulto
»es bien que acabemos.
Cant. todos. »Y porque en la idea
»mas no molestemos,
»pidiendo el indulto
»es bien que acabemos.
Con estos dos versos últimos que repiten todos, se vienen al frente para hacer la cortesía al público, y se da fin.

FIN.